

Capítulo 2: Izquierda, derecha o centro

Llegaron al cruce donde los caminos se dividían en tres, con un cartel de madera que indicaba las direcciones. Furia no sabía leer, y estaba convencida de que sus dos acompañantes tampoco.

– Tres Granjas –declaró Notas–. Garesha, Mandir y Seserah –los dos se le quedaron mirando con cara de no entender–. Es lo que pone, ¿no os enseñan a leer en vuestras tribus? Me lo esperaba de los Zulur que se pasan el día bebiendo savia y mirando las nubes, pero de los Kaloshi... ¿En serio? ¡Qué decepción! Supongo que eso me convierte en el líder de este grupo.

Aquello pilló desprevenida a Furia, que no sabía si alegrarse o enfurecerse. Notas era un idiota, pero un idiota que supiera leer le sería bastante útil. Paseó la lengua por sus labios para humedecerlos y luego escogió la vía de la paciencia y el autocontrol.

– Hay quien sabe leer en nuestra tribu. Guerreras tullidas, hombres enfermos, ancianos débiles... Todos aquellos que ya no pueden blandir una espada o que dejan de ser útiles para la caza. Esos son los que aprenden a leer y a escribir. El jefe dispone de ellos cuando desea, para que le lean lo que quiera o para escribirle el mensaje que mande.

– ¿Y cómo sabe el jefe que le están leyendo lo que pone en el papel? ¿Y cómo sabe el jefe que le han escrito el mensaje tal y como él lo ha dictado?

– ¡Ja! ¡Te ha pillado! –exclamó Petaco.

– Porque un jefe infunde temor. Porque el que osa engañarle acaba siendo paté para los leones. Y porque si quiere, el jefe puede llamar a otras cien personas para comparar cualquier lectura o cualquier escrito. Cualquier idiota puede aprender a leer, y por muy lento que seas, el libro siempre está ahí, esperándote. Luchar es distinto, porque si no aprendes rápido, lo que te espera es la espada de tu adversario.

– Bella y astuta, que pena que seas una asesina fugitiva. Seguro que podías haberte tirado a algún conde de por estas...

El puño viajó a la velocidad del sonido para estamparse contra la desvergonzada boca de Notas y el impacto lo tiró al suelo haciéndolo callar. Petaco estalló a carcajadas y tuvo que escupir lo que fuera el brebaje que estaba bebiendo.

– ¡Si estas tierras son de algún conde, seguro que lo conoceremos pronto! –declaró Notas irguiéndose de nuevo.

Furia constató con desagrado que el puñetazo no parecía haberle dolido demasiado. Tan solo se pasó la lengua por los dientes para comprobar que estaban todos ahí y las manos al estuche del laúd que colgaba a su espalda.

– El conde es el que tiene mucho oro, ¿verdad? –quiso saber el grandullón de nariz eternamente roja.

– Así es Peta, así es –asintió Notas.

– ¡Entonces lo más seguro es que le presente a Turut! –al pronunciar su nombre, el hombretón levantó el hacha de doble filo como para mostrársela al cielo.

– Bueno, eso ya lo veremos. El oro no nos servirá de mucho si nos cortan las cabezas. Está bien, tomemos una decisión, ¿adónde desea ir la jefa iletrada?

Furia lo miró con odio, un odio cotidiano y fácil de llevar. El mismo odio con el que miraba a los árboles o a los perros y que ocupaba todo su corazón. Ese odio con el que convivía desde hacía ya tres veranos.

– Mandir –decidió.

– Bien, por aquí –señaló Notas, guiándolos hacia el camino de la derecha.

En ese momento el músico dibujó una sonrisa ladeada que no se molestó en esconder. Furia conocía bien esas sonrisas. Eran las sonrisas que los idiotas ponían cuando se salían con la suya. Las que ponían los timadores cuando timaban. Y entonces comprendió que no iban a Mandir. En ese momento decidió una cosa: aprendería a leer.